

**ECH**



# **EL NUDO APRETADO DE LA CORBATA**

**#2 Buscando a Ignacio  
frenéticamente**

# #Capítulo2



***Buscando a  
Ignacio frenéticamente***

No sé qué me dolía más porque tenía el corazón apretado por la noticia de que un tal Ignacio había sido feliz gracias a un hijo que ya no existía. ¿Le hice yo acaso feliz alguna vez a mi Albertito? La verdad es que no era gente de quejarse. Cuando la cosa se puso insoportable decidió morir para sus padres y zanjó una discusión que habría sido más traumática que el propio deceso.

Yo lo vi así porque Albertito siempre fue muy ordenado y obediente. Ni una palabra de más ni de menos. La mirada al cielo buscando las respuestas que la tierra nunca quiso darle. La corbata la llevaba hasta en casa y mira que su padre le decía: Deshaz ese nudo, Albertito, o nunca sabrás donde está la felicidad.

Pero él, o por hacerme feliz o por desidia, mantenía el nudo bien apretado en ese cuello inmaculado sólo sonrosado por la presión del lazo.

No me podía imaginar que alguien tan insípido y sin sal como mi Albertito hubiera hecho feliz a otro alguien del mundo exterior. Apenas hablaba y su mirada se enfocaba en una lejanía sin GPS.

Pero ese individuo, el de la nota, le había hecho un regalo a cambio de la felicidad. Y le pedía que lo siguiera siendo para que el regalo tuviera sentido, para que fuera libre. Extraña palabra.

Precipitada acerqué las cajas donde guardaba todos los papeles de Albertito. Nunca las había profanado porque era muy cuidadosa con la confidencialidad. Se estaba poniendo imposible lo de ser cotilla sin ser una delincuente y mi cabeza no daba para tanto delito. Pero siempre había mirado a aquellas cajas con envidia y delectación.

Ahora era el tiempo de violarlas, de abrirlas, de penetrarlas.

Había llegado el momento, las mujeres podíamos hacer esas cosas según la televisión e internet y, si yo hubiera nacido antes, habría sido una mujer a la fuerza, pero nací tarde y era de violencia pasiva.

Equipada con un cúter comprado en el último Black Friday, violé el hermetismo de la primera caja.

Cuando ocurrió lo que ocurrió, metí todo en cajas de cartón marrón y les fui poniendo números para tranquilizar mi alma en el ejercicio de contar. Luego les añadí letras para saber qué había dentro. Los cuadernos y libros fueron lo primero que clasifiqué para desalojar mesas y suelo, ambos repletos de papeles que habían colonizado un espacio que pertenecía al polvo estancado.

Solo dejé fuera del hermetismo de cartón, las fotos enmarcadas y los álbumes, para que éstas desde sus cristales y sus plásticos me siguieran mirando con la contemplación hacia un cielo que ya no era mío.

Abrí la caja número uno que según recordaba contenía los cuadernos y dibujos del escritorio. Busqué sin saber cuál era el objetivo, quizás otra nota de papel fosilizado o quizás una declaración, en toda la ley, del delincuente, del maldito que me había robado el protagonismo de una felicidad que sólo yo podía darle.

El tercer cuaderno fue el que empezó a revelarme la vida secreta de mi hijo. ¿Cómo había podido tener esa bomba de relojería empaquetada tanto tiempo sin darme cuenta?

El primer y segundo cuaderno solo guardaban un conjunto de operaciones algebraicas que no entendía como respuesta a unos enunciados aburridísimos. Se trataba de sus cuadernos de Matemáticas, aunque también podían estar relacionados con sus ejercicios de Física. Albertito se pasaba horas tirando cosas desde una altura de metro y medio para comprobar la inalterabilidad de la gravedad.

Muchos de sus experimentos terminaron en la basura hasta que se puso hosco y le dejé que los guardara en un cesto, pero nunca en el suelo. El suelo lo colonizó más tarde con libros, al principio solo alrededor de la cama, pero fueron creciendo y creciendo hasta hacer casi un muro que le aislaba de mis miradas.

Quizás detrás de aquella muralla de papel, Albertito experimentaba una felicidad diferente a la que yo le daba, sin aquel cuello doblegado a mirar a las alturas y liberando su respiración a bocanadas de tiburón que robarían el oxígeno y el polvo circulante a su padre y a mí.

Alberto me pedía que dejara a Albertito dosis de libertad condicional, detrás de la muralla de letras y papel de alto gramaje. Yo siempre sospeché algo malo en esa forma de eludir mi mirada

preparada veinticuatro por siete al control, pero la vida familiar requería de ciertas porciones de sacrificio y la que ponía la guinda en el pastel era yo: la única que sabía hacer cuellos de corbata que formaban a los hombres de mi familia.

El tercer cuaderno no tenía ni un solo número. Eran composiciones cortitas sobre flores, pájaros, cielos y nubes. Al aire libre y en campos llenos de verdor, a correr a lo loco por aquella contaminación provocada por el exceso de sol y oxígeno que era la primavera, la época más atroz del año.

En su pequeña letra reconocía que después de cada correría terminaba con el respirador en la mano, pero que merecía la pena. ¿Merecía la pena correr para ahogarse en una nube de polen cebada con excesos de O<sub>2</sub>?

No parecía mi Albertito el que había escrito eso. El niño que llegaba a tirar hasta cincuenta veces una bola hecha con papel aluminio para medir con un cronómetro el tiempo que tardaba en tomar el suelo. La bola era tan rápida que no le daba tiempo a dar el botón de arranque al cronómetro, pero él insistía e insistía hasta que Alberto le pedía de vuelta el reloj. Todas las tardes terminaba frustrado con la mirada celestial como reclamando al cielo de nuestro comedor que ampliara la poca distancia entre techo y suelo que limitaba sus experiencias empíricas.

Entre todos sus versos, Había una composición especialmente llamativa que decía:

Intenté volar  
Ganar el cielo  
Nadar en el aire  
Abrazar el fuego  
Correr por el mar  
Ignorar la cárcel  
Odiar lo amado

Había remarcado con lápiz negro la primera letra de cada verso, formando el conjunto resaltado, sin sombra de duda, la palabra IGNACIO.

¿Sería con el propietario de ese nombre, - que ya empezaba a odiar-, con quién intentaba volar y hacer cosas completamente ridículas?

Por lo tanto, si ese tal Ignacio existía, - aunque si había hecho la mitad de lo que la coplilla decía, debía estar más machucado que mi pobre Alberto, por lo de la Suma Cero -, él podía ser el causante de la pérdida irreparable, aunque el verso maldito empezara diciendo que era solo un intento. Por otro lado, ese individuo podía haber sobrevivido a las piruetas literarias, y el solo pensamiento de que alguien así siguiera pisando la tierra me provocaba un gran malestar.

Alguien con el que volaba, abrazaba infiernos y luego odiaba. A lo mejor no era precisamente amor lo que tenía al individuo, reflexionaba para mí, porque mi Albertito estaba hecho a mi imagen y semejanza.

Era imposible que amara la libertad, él era parte de mi aire hermético, había aprendido a respirar de a poco para evitar que el aire se gastara. Por eso odiaba a ese elemento perturbador que había provocado que el nudo de la corbata del traje de comunión se descompusiera.

No, no era amor, era odio lo que sentía por aquel aroma a libertad con nombre de santo.

Sin embargo, el tipo creyó compartir con mi Albertito una felicidad vedada a cambio de algo.

¿A cambio de qué? ¿Y qué felicidad era esa?

Estaba claro que se trataba de un perverso y como tal lo tenía que atrapar y liquidar. Lo tenía que hacer desaparecer como desapareció mi Alberto, como pulpa de chanchito, pero sin cuencas vacías ni lazos en forma de corbata.

Deshacerlo en ácido para que se fundiera en la tierra que tanto amaba convertido simplemente en un líquido infecto.

Mi cabeza continuaba maquinando otras formas igual o más espantosas de eliminar esa perturbación mental que no me dejaba ni respirar, porque me di cuenta de que había parado de abrir las aletas de la nariz y me estaba dando otro soponcio. El oxímetro me avisó del bajo nivel de oxígeno y me empujó a abrir la boca como un pez para regular la entrada del controlado elemento. Cuando volví sobre el nivel noventa y siete, me di cuenta de que seguía sin saber quién era el tal Ignacio y cómo lo iba a encontrar.

Seguí abriendo cuadernos y cuadernos con versos más bobos que el dedicado a Ignacio, pero sin descubrir ninguna pista del paradero del perverso hasta que de uno de los cuadernos se cayó una foto.

La tomé con las pinzas y la observé con la lupa. Al principio solo vi a un niño con el pelo cortado de forma perfecta con una camiseta que ponía “Granja Libertaria” y dos conejos colgando de la G y la L, respectivamente. Acerqué más la lupa y vi unos ojos conocidos en aquella cara regordeta y sonrosada. Creí que eran los ojos de mi Albertito, pero sin la congestión divina. Era Albertito y no era Albertito. ¡Qué cosa más extraña! Detrás del niño se veía la espalda de un adulto con otra camiseta con el mismo título, pero no se veía nada más.

No había más pistas.

En ese momento me acordé del álbum del colegio, donde venían los nombres de todos los profesores y alumnos.

Busqué por las distintas cajas hasta que encontré los álbumes codiciados, y emprendí una búsqueda enfermiza incluso para mí. Ignacio tenía que estar escondido en esas páginas.

No encontré a ningún compañero ni profesor que llevara ese nombre por mucho que busqué, hasta que llegué al álbum de

las fotografías de la comunión. Y entonces lo vi, allí estaba: ¡cómo no se me había ocurrido antes!,

El nombre me recordaba algo, obviamente; el padre Ignacio de Loyola, un jesuita muy sospechoso que nunca me gustó por sus ideas y maneras displicentes.

En la foto salían todos los niños del colegio en formación de equipo de fútbol con sus trajes de comunión y al lado de ellos, mi Albertito de la mano del sacerdote. Como separados por la intimidad que los unía.

Lo había tenido tan cerca y nunca me di cuenta. El que había metido la idea de demostrar empíricamente las fórmulas del libro de Física había sido el padre Loyola que era como le conocíamos en casa. Loyola por arriba, Loyola por abajo. Entonces también había sentido el pinchazo de los celos y hasta del odio por aquel padre Loyola que llenaba de ambiciones a mi Albertito hasta casi la obsesión.

La decisión estaba tomada. Tenía que matar el padre Loyola, - a Ignacio para mi hijo -, no había vuelta a atrás. Tenía que desaparecer, sólo había una felicidad en la vida y yo era la única que podía quedar en el recuerdo de mi Albertito como la felicidad cronometrada y medida, y no como en el verso, libre y atolondrada.

Internet era mi mejor amiga desde hacía años, mis manías y obsesiones habían desarrollado en mí unas habilidades, en el mundo de la red de la araña, desconocidas incluso para mi subconsciente.

Busqué por el nombre del padre Loyola, por el colegio, por la congregación jesuita, hasta que se hizo el milagro; el padre Loyola seguía existiendo para la red. Se dedicaba a la oración caminante, llevaba la palabra de Dios has-

ta los parroquianos que no podían asistir a misa. Había creado un servicio de telemisa y teleconfesión e incluso daba la comunión y hasta los santos oleos a domicilio. Eso le había generado algún problemilla con la curia y, gracias a su desacato con las normas de la iglesia, Internet le dedicaba bastante espacio en los servidores.

No iba a ser tan difícil atraparlo.

Apunté el teléfono para empezar con una teleconfesión donde el confesor se iba a convertir en confesado.

Marqué los números en el ordenador para sacar la llamada por el sistema de voz sobre IP y no ser detectable por el sistema telefónico del cura.

Al tercer ring una voz contestó desde el otro lado de la red:

- Teleconfesor Loyola al aparato, ¿en qué puedo ayudarte, telealma?

- Teleconfesor, - contesté aturdida, pero eludiendo dar mi nombre -, he leído que confiesa a distancia y como estoy vieja e impedida, necesito su servicio; no puedo ir a misa.

- También tenemos el servicio de telemisa – me contestó -, pero ahora un poco de publicidad para pagar el servicio de salvar almas – y entró una locución de quince segundos donde relató como una máquina todos los servicios -.

- No, teleconfesor, con la confesión es suficiente. Empecemos que el tiempo es oro, - le solté la indirecta -.

- Empecemos, telealma, ¿qué pecados oprimen tu alma?

- Ya estoy marchita y solo tengo pecados sobre lo que pude hacer y no hice. Pecados del pasado. Creo que no hice feliz a mi hijo y siento unos terribles remordimientos.

- Telealma, ¿qué te hace pensar que no le hiciste feliz?

- Teleconfesor, porque he encontrado unos papeles donde otra persona le dio algo a cambio de la felicidad, y le dedicó incluso versos. A mí nunca me dedicó versos, solo su obediencia ciega para que controlara su vida y hasta su respiración.

- Telealma, nadie puede controlar la respiración de otro ser. Quizás no te has expresado bien.

- Teleconfesor, yo controlaba la respiración de mi hijo, la ingesta de oxígeno y CO2 para que no colapsara. Tenía problemas para digerir los excesos de oxígeno, una extraña afección que terminó con su existencia.

- Siento mucho que eso ocurriera, no debes amargarte con los remordimientos, seguro que lo cuidaste bien, y Dios lo tiene ahora en su seno.

- Espero que no sea así, teleconfesor, y que no esté en el seno de nadie.

- No te atormentes, donde esté, bien estará – respondió atribulado -. Si hizo feliz a alguien más que a ti, eso te debería dar alegría y calma a tu alma. Significa que fue generoso con la felicidad y fue además capaz de crearla para entregársela como un don a otros. Fue un buen hijo y tú una buena madre.

- Teleconfesor, es que creo que esa persona con la

mercadeó por la felicidad era en realidad un pervertidor. ¿Quién da un tesoro a cambio de felicidad si no es un ser maligno y perverso?

- ¿De dónde sacas que comerció con la felicidad?,  
- contestó un poco mosqueado y curioso el teleconfesor -.

- Porque encontré una nota donde ponía: “Me has hecho muy feliz estos años y sólo tú lo mereces. Usa con mesura mi regalo y se libre”, - omití los nombres para no dar más pistas al libertario pervertidor y esperé la reacción del fenómeno -.

El padre Loyola tardo un rato en contestar mientras soltaba unos murmullos, como “buf, buf” y respiraciones muy profundas, casi pornográficas. Ese hombre no tenía medida respirando. Le deseaba una congestión por exceso de oxígeno del odio que sentía por aquel respirador ambulante. Estaba a punto de estallar y decirle todo lo que le odiaba cuando contestó:

- Es extraño, realmente el mensaje es extraño. Reconoce que le ha hecho feliz pero también le desea la libertad porque tal vez carece de ella. Es un mensaje muy complejo. ¿Has encontrado algo más? – me preguntó el teleconfesor cotilla -.

- No, no he encontrado nada más, -mentí para ver como reaccionaba -.

- En cualquier caso, el regalo era la forma de compensarle por la felicidad que compartieron. Es un bonito presente, no debes preocuparte, no es el mensaje de un perverso. Es más bien el

mensaje de un hombre libre que regala su bien más preciado. No te obsesiones.

- Si ya me siento un poco mejor, teleconfesor, gracias a sus palabras y consejos, pero no le importará que le vuelva a llamar, incluso más adelante que le solicite una comunión a domicilio para tranquilizar mi alma, - le dije melosa para traerle a mi terreno, y le di una dirección falsa para que se ubicara a su vez -.

- Será un placer darle la comunión cuando lo precise, mi teleparroquia está muy cerca de su domicilio e iré gustoso.

En ese momento mi sistema de búsqueda ya había ubicado la localización del lugar desde el que me contestaba la llamada, con coordenadas UTM, dirección postal y hasta referencia catastral. Lo había atrapado.



**Próximamente...**

**#3 La venganza  
se sirve fría**

**EL NUDO APRETADO DE LA CORBATA**

**SAGA: EL CIELO HERMÉTICO**

